

a los límites históricos de la supervivencia. Y esas son las características intelectuales, artísticas, técnicas y administrativas que configuraban su sistema. Esas características que encontramos en los incas en los momentos en que tropiezan con la rudimentaria cultura lúcrata de occidente, son básicamente los elementos constitutivos de todas las culturas alúcratas, tanto las vivas como las desaparecidas. Son sistemas sociales que se cristalizaron sin llegar a transformarse en civilizaciones, ya que la inversión sostenida de un caudal progresivo de esfuerzo para una producción declinante de disponibilidades, no permite la creación y organización de formas superiores de vida.



El hecho constante y sorprendente de todas las culturas marginales --inferiores, superiores y civilizaciones-- es que asfixiaron el estímulo-impulso del lucro, bien fuera por razones religiosas o por imperativos éticos o estéticos, circunstancia que las inhabilitó para responder adecuadamente al conflicto inevitable que produce el

desequilibrio entre las magnitudes variables población-disponibilidades. Algunas de ellas lograron notables expresiones intelectuales, artísticas y religiosas, pero fracasaron en la obtención del cuadro tecnológico necesario para liberarse de los rigores amenazantes del período de la supervivencia, cosa que sólo puede obtenerse por el ímpetu del lucro. Aún los incas, cuya cultura exhibe una sorprendente habilidad administrativa y capacidad de organización, dejaron a la religión el sitio que debió ocupar el lucro. Y esto determinó su precaria estabilidad y evidente fragilidad. Cómo pudo desaparecer la cultura Khmer cuyos rastros nos hablan de un esplendor semejante a sus contemporáneas culturas mesopotámicas? No son asombrosamente parecidos los templos de Ankor-vat y la torre de Babel? No existen incluso sorprendentes identidades de culto? Cómo y por qué desapareció la misteriosa cultura Sinbabwe, si noticias de su grandeza encontramos en relatos bíblicos y en las crónicas de las empresas comerciales egipcias? Y cómo pudo desvanecerse una cultura tan desarrollada como la Yoruba que a decir de Frobenius "cuando los navegantes europeos de la baja Edad Media llegaron a la bahía de Guinea y pisaron tierra, los capitanes quedaron muy asombrados: vieron carreteras cuidadosamente trazadas a través de muchas millas, sin interrupción y bordeadas de árboles; días de días de viaje sin salir de tierras magníficamente cultivadas, gente ricamente vestida con telas tejidas por ellos mismos".(1)

(1) LEO FROBENIUS: "Y Africa Habló" - París

Para los fines de este estudio, el caso de la cultura Yorube, como el caso de los Incas tiene un valor notable porque ambas son un claro ejemplo de cómo dos grandes culturas alócratas estallan en pedaxos al choque con la primera gran cultura lucrática de la historia.

CAPITULO XVI

EL LUCRO EN LA CIVILIZACION OCCIDENTAL

Desde los tiempos carolingios la actividad lucrativa se escurría sigilosamente por los intesticios del aparato escolástico. Pero la rápida entronización del dinero como medida de valor social y medio de adquisición de excedentes en un mundo en donde los bienes se tornaban día a día más escasos, tenía necesariamente que provocar una revolución, ya que se hacía indispensable la creación de doctrinas e instituciones religiosas y sociales que se equipararan a las políticas y económi-

cas existentes. Esa gran revolución llega con la Reforma. "Fué el siglo XVI --dice Tawney-- una era de especulación social, por la misma razón que el principio del siglo XIX: porque era época de dislocación social. La respuesta de los conservadores maestros religiosos al espíritu que pareció anunciarles el triunfo del Becerro de Oro produce la última gran expresión literaria de los encantos con que suggestionaba a la conciencia media que había sido formada por un orden social anterior. Las deducciones prácticas de la teoría social de la Edad Media se expresan en el siglo XVI con claridad superior aún a la de su cenit, a causa de que se expresan con el énfasis natural de un credo que se siente amenazado." (1)

Vemos así que los últimos grillos medieoales que aún mantenían cautivas las poderosas fuerzas sociales de un continente que explotaba, comienzan a ceder. Las revueltas campesinas de Inglaterra, Francia y Alemania fueron el trompetazo inicial contra un frente social y político que ya se había rendido a la penetración económica. Así lo intuyen los grandes reformadores religiosos cuando descubren que a la espalda de las controversias teológicas avanzan las revueltas campesinas. Con su particular estilo nos lo dice Zweig, al referirse a Lutero: "Mas muy pronto, la nueva doctrina, que entretanto se transformó en "Iglesia", tuvo

(1) R. H. TAWNEY: "La Religión el el Origen del Capitalismo" - Editorial Dédalo, Buenos Aires, Pág. 70

que reconocer —lo que la antigua conocía desde mucho tiempo—, que a la larga no es posible mantener la autoridad sin el empleo de la fuerza. Es por esto que Lutero, para demorar en lo posible la decisión, propone por de pronto un compromiso en el cual deba hacerse marcada diferencia entre los "haereticis" y los "seditiosis", los agitadores propiamente tales que desean cambiar el orden religioso conjuntamente con el orden social. Tan sólo para estos últimos —y con ello se quiere significar a los anabaptistas comunistas—, le concede a la autoridad el derecho de aplastarlos." (1)

Pero ya nada podía detener la acción revolucionaria, deletérea, disolvente y al mismo tiempo creativa, del luterano. Lutero no comprende la energía terrible que ha desatado al despedazar la armonía de la autoridad eclesiástica. Calvino intuye la gran transformación que se acerca y al tiempo que intenta inútilmente improvisar una tiranía teológica para cubrir el vacío que deja el derrumbe de la autoridad católica, abre tímidos y disimulados portillos para que tome asiento en su mundo la burguesía triunfante. Pero Calvino mismo será arrasado por la violencia del ímpetu lácrático que invade todos los órdenes de la vida europea. Ya el capital se excusará de transi-

(1) STEFAN ZWEIG: "Una Conciencia Contra la Tiranía (Castelio contra Calvino)" - Ediciones Ercilla, Pág. 153

tar clandestinamente para exigir ciudadanía nacional. Y el trabajo, que en el Calvino de Ginebra seguirá siendo castigo y maldición, en Holanda primero y en Inglaterra luego, se transformará en causa de bienestar y bendición para quien lo obtiene y ejecuta. Igualmente, la riqueza, que durante un milenio fue peligroso riesgo de eterna condenación, surgirá dentro del puritanismo como signo evidente de la voluntad divina que de ese modo, haciendo rico al elegido, premia al que bien ha cumplido con los Evangelios. Se ha vuelto al punto inicial del proceso, al origen del ciclo: el fruto del lucro es bendito. Y así, roto por la insurgencia aplastante del espíritu de lucro, ha saltado en pedazos el más formidable esfuerzo realizado jamás por doctrina alguna para crear un hombre deshumanizado, un hombre extraño a las exigencias primarias de su biología: la sociedad cristiana. Tenemos, pues, que por la gracia del lucro está el hombre nuevamente liberado a su suerte. Provisionalmente libre para reiniciar la construcción de un orden social capaz de asimilar los gigantesco conflictos de una humanidad que nuevamente se aventuraba en el período de la aptitud.

En Otro Período de la Habilidad

Han transcurrido 400 años desde los últimos instantes que hemos visto. El hombre occidental cruzó el túnel largo de los clásicos tormentos por sobrevivir: los grandes descubrimientos, la colonia brutal, la nueva esclavitud y el pérfido comercio de seres humanos; amplió la geografía y multiplicó los recursos; echó mano de la ciencia incipiente y la colocó a su servicio; descubrió la máquina y se hizo esclavo de ella. Y en la cruenta lucha por sobrevivir en este otro período de la aptitud, cayeron los incapaces, los débiles, los inadaptados. Y a la vera del progreso se fué amontonando otro rugiente lastre humano, inútil e improductivo. Y, como ocurrió milenios atrás, nuevamente aparecieron los proferas de la angustia, las voces frenéticas que rogaban por los vencidos. Mas ya sabemos que a cada nuevo período de aptitud ha sucedido y tendrá que suceder un período de habilidad más riguroso que el precedente por la razón conocida de que las magnitudes población-recursos se mueven en sentido contrario. Es decir, se niegan progresivamente. En la misma proporción que aumenta la población, decrecen los recursos disponibles. conocidos.

Y así como en el período griego de la habilidad surgieron distintas estructuras intelectuales para razonar

el excedente acumulado por las culturas pre-helénicas, y lo propio ocurrió en el período romano de la habilidad, cuando se estrenaron formas nuevas e insólitas de administración, así ahora, en las postrimerías de la era Moderna, la Civilización Occidental se da golpes de pecho, hace actos de contrición y se angusta de las pirámides de despojo humano que ha dejado en la ruta el progreso de nuestra cultura.

Para explicar la doliente realidad aparecen las ideologías. Las entelequias. Y tal como ocurriera cuando se tornó inminente el colapso romano, también ahora se alzó una idea para rehacer la cruda sociedad: la idea del mundo eterno, justo, próspero y asequible. Pero esta vez eran estructuras intelectuales que carecían de Dios, porque Dios había sido derrocado. Y porque no se tenía a Dios, tampoco había más mundos que éste. Pero, qué hacer con él? Despreciarlo o ignorarlo para idealizar otro como hizo el escolástico? O disfrutarlo como hizo el griego, u organizarlo como hizo el romano? No. Los herederos del lucro pretendían reconstruirlo. Pero, con qué elementos de valor? Sobre qué categorías? Sólo había dos que podían ser utilizadas, ambas productos marginales del lucro: la Justicia y la Libertad. Y esa será la tarea que se impondrá este hombre angustiado que nos llega desde las luces del siglo XVIII. Y a su primera actitud, casi instintiva, frente a la aluci-

nada represión del calvinismo ginebrino y los miserables sub-productos sociales del lucro en este otro período de la aptitud, será volver la vista hacia el pasado buscando la sociedad ideal, el período de oro, el comunismo idílico la inocente bestia de Rousseau. Es que al mirar en derredor el hombre se descubría cautivo de su progreso.

—

El caso es que al hombre que finalizaba el siglo XIX entre ilusiones infantiles y temores agobiantes se le plantearon cuantiosos problemas de selección y decisión, interrogantes que se han prolongado hasta la medianía del siglo. Ya no era el problema de escoger entre Dios y su prosperidad. Ahora, debía decidir entre la libertad y la supervivencia.

Este es el angustioso dilema que acusa hoy a la Civilización Occidental y también a aquellas culturas marginales que se han ido sometiendo a uno de sus productos específicos la máquina.

El hombre del siglo XIX se encontró sorpresivamente amenazado por los rodillos dentados del gigantesco molino

que era su sociedad y se encontró, así mismo, urgentemente conminado a elegir entre la libertad y la supervivencia. Pero era éste entonces y lo es aún hoy, un dilema sin solución, ya que en realidad se trataba de propuestas contradictorias para la utilización del excedente disponible. Aquellos momentos del pasado siglo eran de una trascendental importancia, ya que la Sociedad Occidental trabajaba febrilmente en la sustitución de su infraestructura cultural por otra a base de un complejo nuevo de herramientas, conocimientos y actitudes con los cuales responder, precisamente, a la antinomia creciente de unos recursos menguantes frente a una demanda progresiva. Y ese hombre, que recién se liberaba de la escolástica, se inventó muchas ilusiones y vivió muchas mentiras. Una de ellas, precisamente, fue la certidumbre que heredó del siglo XVIII de que la libertad es una categoría esencialmente humana, inherente al espíritu y, por lo mismo, consustancial a la calidad del hombre. Las grandes contradicciones intelectuales que la violencia cruda de la realidad provocaba diariamente, lo compelió a indagar en el pasado, le incitaron a la búsqueda de contrastes que le permitieran encuadrar las contradicciones del presente en un conjunto de fórmulas, principios y verdades que tuviesen el carácter y la solidez de auténticas leyes. Y así como en su movilización horizontal hacía uso creciente de la mecánica y la física —ciencias cuya exactitud y eficacia eran evidentes—, echó ma-

no a la historia para buscar o descubrir leyes de la conducta humana. Surgieron entonces los esquemas. El idealismo tenía una larga tradición en esta tendencia que iba mucho más allá del cristianismo. El materialismo, en cambio, trataba de postular un sistema, final y definitivo, que no sólo fuera capaz de explicar una realidad que día a día se deshumanizaba, sino que, más ambicioso todavía, pretendía fijar para siempre un orden social. Empeño vano, cuyo fracaso se hace más evidente en la actualidad, porque ocurre que el hombre como sujeto histórico que es, escapa a todo esquema. No puede ser confinado a los rigores de un método, al ámbito sólido de un sistema por secuente y armoniosa que se nos aparezca su conducta social. Es que su misma naturaleza dialéctica le impide su filiación a cualquier sistema, aún a aquellos que como el marxismo, reconocen y aceptan su naturaleza dialéctica.

Hay un hecho que se ignora y cuyo conocimiento nos llevaría, tal vez, a las raíces de esta crisis de la Civilización Occidental: el espíritu humano está en pleno período formativo. Valores como el concepto de caridad, justicia y libertad son de reciente incorporación al espíritu del hombre y su consustanciación no es definitiva todavía, ya que el ejercicio de estos valores no es parte aún de la naturaleza humana y grandes grupos sociales los desconocen todavía o simplemente los deshechan como contrarios al

instinto de la conservación. Experiencias de un pasado reciente nos recuerdan cuán frágil es la fuerza de la razón cuando ha de enfrentarse a las exigencias de los instintos. Pueblos que se pavoneaban en la cumbre de nuestra Civilización cayeron a los más repugnantes abismos de abyección. Valores que parecían símbolos incommovibles de nuestra organización social fueron brutalmente desplazados por las más primitivas expresiones del instinto. Y sobre estos últimos basamentos se levantaron y alimentaron partidos políticos y se constituyeron gobiernos y potencias mundiales. Es que básicamente, en su naturaleza, el hombre no ha cambiado en los últimos 6,000 años.

CAPITULO XVII

PROFETAS Y REVOLUCIONES

En capítulo precedente decíamos que por las alturas del siglo XIV el orden social existente exige un gobierno más complejo que el que hasta entonces había conocido Europa, y que este gobierno va a expresarse por medio de una serie de Instituciones que se integrarán en una formidable superestructura que hará más ancha cada día la distancia que separará al hombre común de su gobierno, ya que, como allí mismo afirmamos, una de las características específicas del período de la Habilidad es la progresiva despartición del individuo y su transformación en

excedente existente, este capitalismo industrial tendrá su razón de ser en la producción de excedentes.

Como antes dijéramos, este capitalismo sólo asoma a la superficie social cuando previa y revolucionariamente ha transformado todas las expresiones de superestructura: aparecerá vestido con su propia moral y con su propio aparato jurídico. Incluso, tendrá una filosofía sobre el hombre y su destino. Pero, sobre todo, este capitalismo se impondrá porque se ha levantado sobre un sólido suelo de conocimientos científicos, conocimientos que se convierten en sepultureros de los últimos rastros de la época escolástica, porque cuando estallan las primeras fogatas del renacimiento el hombre europeo quedará sin filosofía. Los temores fundados de Descartes sólo servirán para confundir el pensamiento filosófico, ya que tanto inspirará a idealistas como a materialistas. Pero hay en todo este escenario de confusión intelectual algo sólido e irreductible: la exactitud y evidencia del conocimiento científico. Así, un Darwin será el profeta de las nuevas y poderosas fuerzas productivas que paso a paso, pero firmemente, se van apoderando de la dirección económica occidental. Debe sobrevivir el más hábil y ésa —sólo ésa— será la moral del capitalismo. Se ha vuelto a los mismos períodos que vimos a lo largo de los últimos milenios. Y junto al gigantesco lastre humano que amontonaban a su lado estas nuevas formas de producción, reaparecieron los profetas. Pero esta vez no se trata de visionarios ansiosos de re-

velar conceptos inéditos tales como el de la libertad, la justicia o la caridad, sino, más bien, de serias propuestas intelectuales--científicas y filosóficas-- por armonizar éstos con la rudeza implacable e inhumana del sistema de producción imperante. Estas propuestas cristalizaban en polémicos esfuerzos por armar un esquema universal que situara al hombre en el centro de un orden social en el que las necesidades estuviesen satisfechas por la gracia de un férreo orden de preceptos morales. Ambición que hipotecó la energía frenética del cristianismo a lo largo de casi dos milenios y fracasó y que a lo largo de los siglos XVIII y XIX engendró esperanzas y utopías, devaneos políticos científicos que en los preludios de nuestro siglo dan nacimiento al marxismo, una de las proposiciones más ambiciosas para ubicar el hombre dentro de un cuadro social sin vencidos y que aún aviva las ilusiones edénicas de un ancho territorio de la humanidad porque Marx es el último de los grandes profetas.

Como en el pasado, los profetas de nuestro tiempo postulan la necesidad de la violencia. Y nuevamente, como en-

edificación, manufacturas, producción agrícola— ofrece una tendencia general ascendente, durante todo el siglo XVIII. He aquí unos pocos ejemplos: en toda Francia se araron grandes extensiones de tierra y en la elección de Melun solo en dos años, de 1783 a 1785 las tierras sin cultivar se redujeron de 14,500 a 10,000 arpentes. Ruan, en 1787 producía anualmente tejidos de algodón por valor de 50 millones de livres, doblando por lo menos su producción en una generación. El comercio francés con el Africa del Norte (la costa de Berbería) aumentó desde un millón de livres, aproximadamente, en 1740, hasta 6,216,000 livres en 1788; la totalidad del comercio exterior francés había aumentado en 1787 casi hasta 100 millones de livres en los 12 años que siguieron a la muerte de Luis XV en 1774." Y párrafos adelante, Brinton apunta el mismo fenómeno en el caso de la Revolución Americana: "En América, naturalmente, en un continente vacío a disposición de los necesitados, las condiciones económicas generales en el siglo XVIII muestran un creciente aumento de la riqueza y la población, siendo la penuria económica una cuestión puramente relativa. No puede hablarse de hambre, de pobreza asfixiante en la nueva Inglaterra de la Ley del Timbre. Incluso, las fluctuaciones menores del ciclo económico no coinciden con la Revolución, y los primeros años de la década de 1770 fueron de evidente prosperidad"; y prosiguiendo esta argumentación, Brinton agrega: "Incluso en la Rusia de 1917, salvo la estrepitosa quiebra de la maquinaria de gobierno por causa de la guerra,